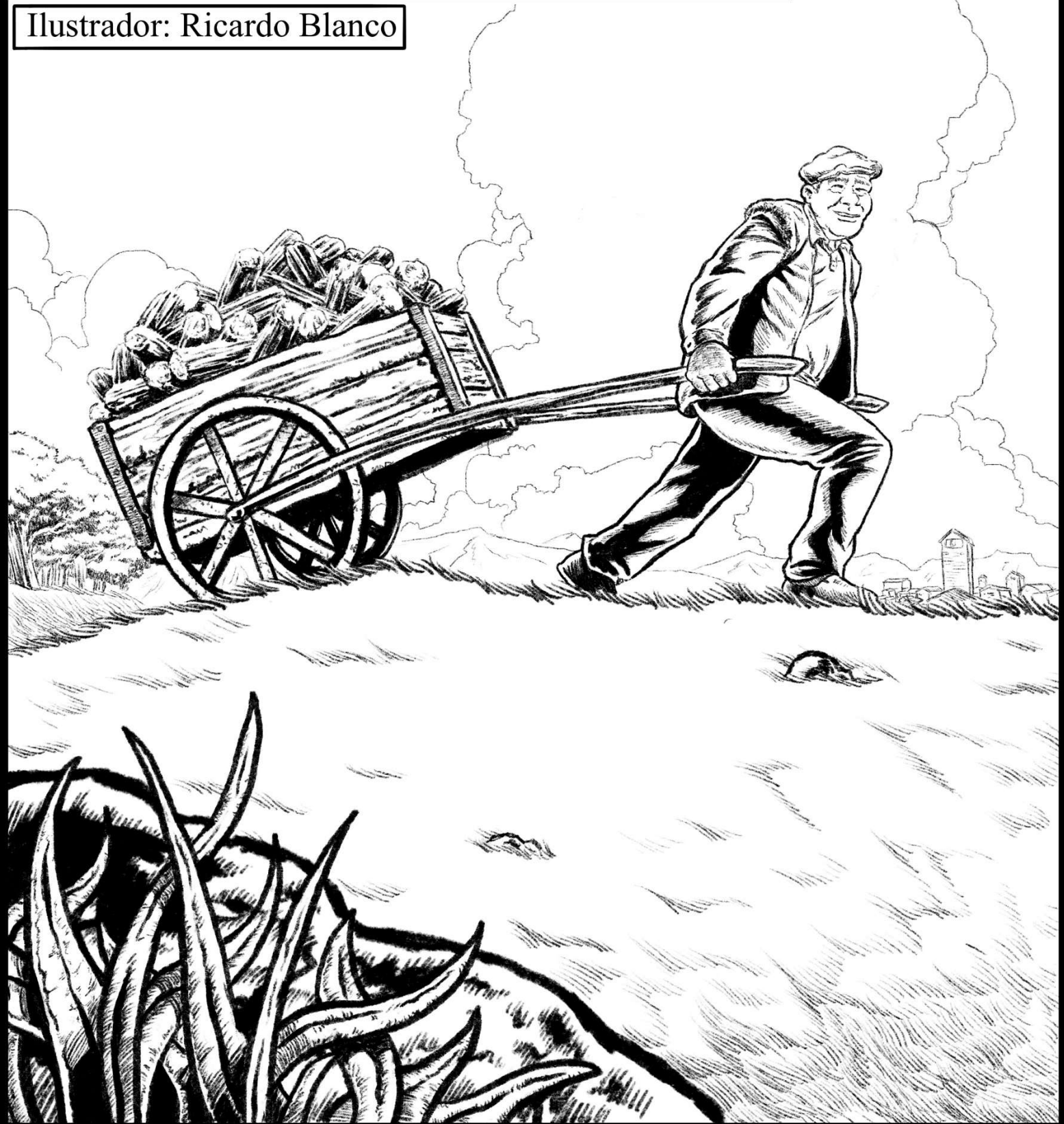


Autor: Abilio Ayuso

LEÑERO

Ilustrador: Ricardo Blanco



A veces, los que más enseñan, en realidad son los que más ocultan.

Hace bastantes años, aunque tampoco tantos, vivían en un pueblo un par de hombres, que aunque sus circunstancias personales eran muy similares, ya que eran pensionistas viudos, sin otra familia y con casa de propiedad, sus vidas discurrían por diferentes caminos.

El primero, Aurelio, era muy celoso de su intimidad y vida personales, si alguien llamaba a su puerta, en lugar de abrir se limitaba a asomar por la ventana del piso superior, y si no se trataba de un asunto de su verdadero interés mandaba al intruso a paseo con cajas destempladas.

Se dirigía el hombre casi a diario al bosque con un carrito de mano que consistía en un cajón con ruedas fabricado artesanalmente, dicho carrito iba siempre bien tapado en su parte superior con una gruesa lona, de forma que no se sabía lo que llevaba ni traía en su interior en sus viajes de ida y vuelta.

Por otro lado no hablaba con nadie y apenas respondía con un sonido gutural si alguien le saludaba.

Tal comportamiento daba pie a todo tipo de habladurías y conjeturas, acerca de lo que iría a hacer al bosque, lo que llevaría y lo que traería de vuelta, y le convertía en sospechoso cuando algún campesino echaba en falta un animal o parte de su cosecha.

Incluso había abuelas que amenazaban a sus nietos diciéndoles: “Si eres malo Aurelio te llevará atado al bosque dentro de su carrito y allí te enterrará vivo”.

Aunque nunca pudo probarse nada en su contra, las comadres hablaban y hablaban, hasta que las habladurías llegaron al alcalde, por vía de su mujer, y éste, con el objeto de acallar comentarios, o descubrir si tenían algo de cierto, sugirió a la pareja de la Guardia Civil que al retorno de uno de sus viajes al bosque investigaran qué demonios llevaba Aurelio en aquel carrito celosamente tapado.

Así lo hicieron, y aunque el hombre protestó, bien sabía que no se podía andar con bromas con los Civiles, así que a regañadientes levantó la lona que tapaba el cajón misterioso.

Realmente no había nada del otro mundo, algunas setas y frutos del bosque, cuatro trozos de leña bien ordenados y... Ahí el delito, tres peces recién pescados en el río, siendo como era temporada de veda.

La verdad es que en aquel pueblo nadie hacía demasiado caso de aquella veda pensada más bien para los señoritos de ciudad, algunos vecinos se

dirigían a veces al río cañas al hombro y mostrando al regreso sus capturas, pero los policías estaban puestos en su papel y multaron al pobre Aurelio a pesar de sus protestas.

Al acabar, uno de ellos le dijo en plan confidencial: “Mira Aurelio, tienes que reconocer que el hecho de que vayas arriba y abajo sin decir nada a nadie y con el carrillo bien tapado, te hace parecer sospechoso”.

Aurelio contestó iracundo: “La multa la acepto porque es la ley, pero nadie me puede obligar a mostrar mi vida a todo el mundo, ni explicar de donde vengo ni lo que hago, mis asuntos son sólo míos y a nadie le importan”.

“Muy bien, yo te he dado un consejo, tú verás lo que haces”.

Aquel hecho, lejos de apaciguar las habladurías, tuvo el efecto contrario, las comadres obviaron el hecho de que sólo llevaba tres peces y eso lo hacía todo el mundo, por el contrario se limitaron a comentar que La Guardia Civil había detenido a Aurelio y que: Si lo estaban investigando por algo gordo sería. Evidentemente no quisieron siquiera pensar, que si lo estaban investigando era el resultado de sus propias habladurías.

El reverso de la moneda era Paco, con las mismas circunstancias personales que Aurelio, pero un carácter totalmente distinto.

Curiosamente, también se dirigía casi cada día al bosque con un carrito muy parecido al de Aurelio, pero completamente destapado, a la ida llevaba un hacha y un par de sierras y a la vuelta un buen fajo de leña recién cortada, por lo cual, acabaron apodándole “El Leñero”.

En su viaje de ida y vuelta saludaba a todo el mundo e incluso se paraba a conversar si venía al caso, siendo siempre su talante risueño y amigable.

A los que le preguntaban para qué quería tanta leña respondía: “Hago ejercicio, que bien me va, un favor al bosque, porque lo desbrozo de troncos y ramas muertas, y voy guardando para el invierno, que más de una vez habéis venido a pedirme cuando se os acaba”.

Su casa se cerraba solo con la mitad inferior de la puerta, la que impide el acceso a los animales pero no a las personas y era lugar de tránsito para sus vecinos, cuando no entraba alguien a conversar, llegaba una María a darle un cazo con potaje que había hecho de más o alguien a pedir un poco de leña, todos eran bienvenidos.

Solo había una excepción, la hora de la siesta que era sagrada, decía Paco que una buena siesta era media salud, con lo cual, durante esas horas

cerraba la doble puerta, desconectaba la campanilla y colgaba una madera con el dibujo de un tronco con una sierra a mitad de su trabajo que rezaba: “La siesta del Leñero”, durante esas horas nadie trataba de contactarle, pero el resto del día su casa parecía la taberna del pueblo, siempre venían vecinos a jugar a cartas o simplemente a conversar.

En su casa sólo había un rincón sagrado, era un enorme arcón cerrado con candado frente a la cama de su dormitorio con una imagen de la Virgen situada encima y un retrato de su difunta esposa colgado en la pared, allí guardaba las pertenencias que de ella le quedaron.

Era un hombre apreciado por todo el mundo, excepto por Aurelio, que en las pocas conversaciones en que participaba, principalmente en la taberna, no desperdiciaba ocasión para criticarle diciendo lo estúpido que era que todo el mundo supiera de su vida sus idas y venidas, lo que tenía y lo que dejaba de tener, normalmente no le hacían mucho caso aunque alguno de su propio talante en ocasiones le daba la razón.

Ocurrieron por la zona algunos hechos delictivos, robos en la mina, de donde se llevaban dinamita y algunos objetos de valor, así como joyas de algunas iglesias, robos en alguna fábrica del entorno y en la mansión de terratenientes del sector, lo cual hizo que Aurelio fuera forzado más de una vez a mostrar el contenido de su carrillo, pero escarmentado como estaba, nunca llevó nada que no fuera estrictamente legal.

La policía llegó a detener algún sospechoso, pero tuvo que ponerlos en libertad al no encontrar prueba alguna con que acusarlos.

Por supuesto, nadie sospechó nunca de Paco cuyo carrito llevaba su cargamento de leña bien a la vista y su vivienda era accesible a todo el mundo, excepto cuando un par de veces al año iba a visitar unos parientes lejanos en el país vecino, aquellos días la casa permanecía totalmente cerrada.

Mucho se hubieran sorprendido de saber que tales parientes no eran más que una habitación que tenía alquilada todo el año a una señora viuda del sur de Francia, donde sólo llegar cambiaba sus pueblerinas vestimentas por otras mucho más elegantes y acordes con la vida de lujo que llevaba esos días disfrutando de buenos restaurantes, teatros, casino y señoritas de vida fácil, cosa que no estaba en absoluto al alcance de un pensionista como él.

Aún se hubieran sorprendido más si hubieran sabido que escondidos entre la leña o en el doble fondo de su carrito viajaban muchos de los alijos de productos robados, e incluso droga y contrabando de todo tipo, ya que Paco

era el cerebro y mediador entre algunos simples hampones que dejaban el botín en escondrijos muy concretos del bosque donde los recogía, clasificaba y acondicionaba en las horas de sus inexistentes siestas para luego pasarlos a los compradores interesados en el encuentro casual entre una senda rural y una carretera de montaña donde el conductor de un vehículo paraba a orinar y regresaba al coche portando un paquete de leña cuyos troncos huecos contenían esos objetos que la policía nunca localizó.

A la Guardia Civil le hubiera parecido la cueva de Alibabá el contenido del enorme arcón que supuestamente guardaba las pertenencias de la difunta mujer de Paco, pero ¿Quién hubiera podido sospechar qué tipo de mercancía contenía?.

Por tanto, cuando a veces conozcas personas que fácilmente te cuentan su vida y te dan acceso a ella, piensa si no será una pantalla tras la cual subyace algo mucho más complejo y oscuro.

.

FIN